

EDICIONES

IDEALES



50
CTS.

ANA LA DEL REMOLCADOR

PROPAGANDA

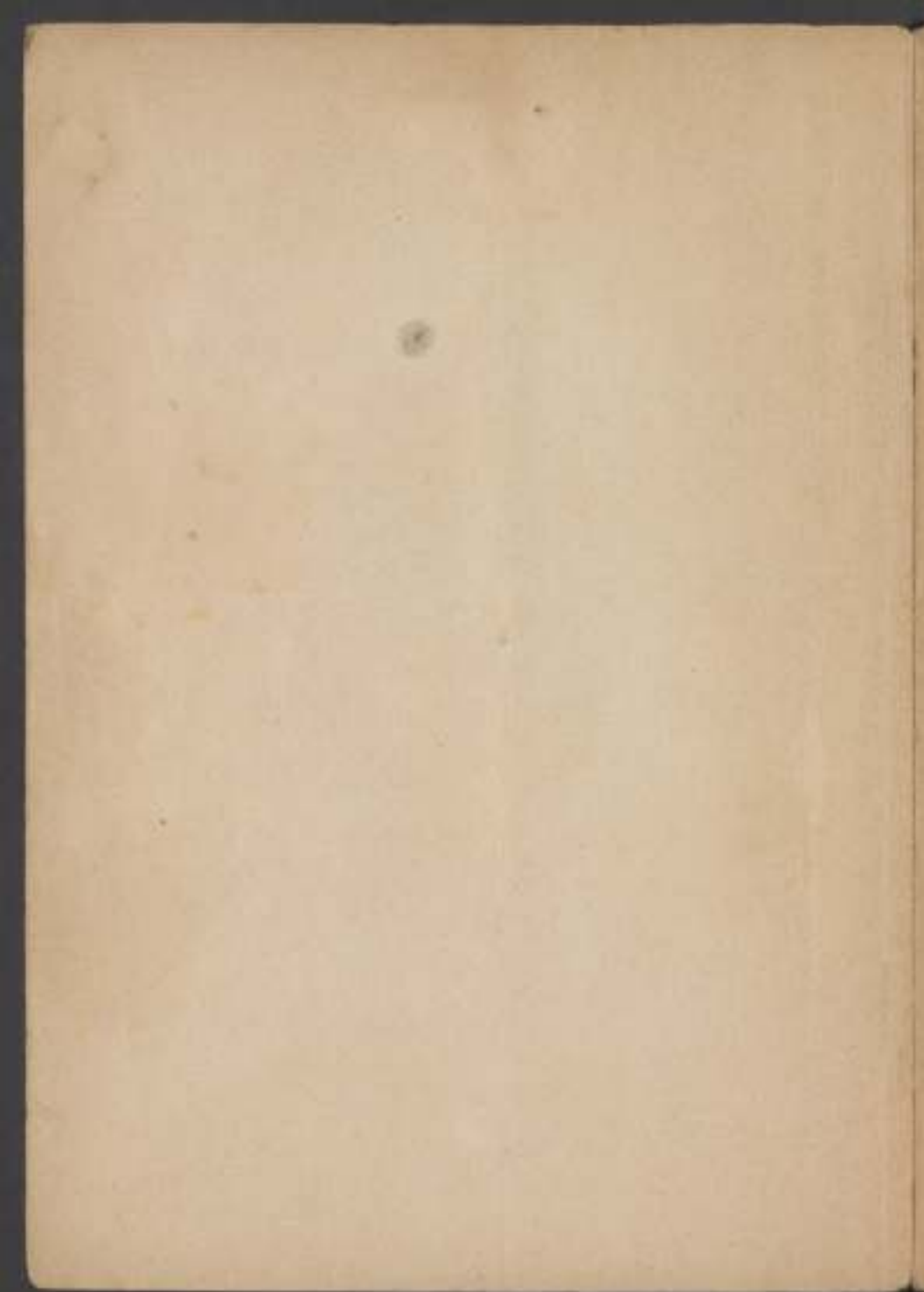
MARIE
DRESSLER

WALLACE
BEERY

MAUREEN
O'SULLIVAN

ROBERT
YOUNG





EDICIONES IDEALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Impreso en la 7a. 11 de Ediciones BISTAGNE BARCELONA

Año I

Número 19

ANA, LA DEL REMOLCADOR

Magnífico asunto, interpretado por MARIE DRESSLER,
WALLACE BEERY, ROBERT YOUNG, MAUREEN
O'SULLIVAN, etc.

Dirección de MERVIN LE ROY

Es un film de la famosa marca

Metro-Goldwyn-Mayer



Distribuido por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBERICA, S. A.

Mallorca, 201 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barcepar, 11
Madrid: Puerta del Sol 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Arbozu, 153 - Teléfono 76507

Ana, la del remolcador

Argumento de la película

I

LA LUCHA POR EL REMOLQUE

Era un puerto de los Estados Unidos, en la hermosa costa del Pacífico: Secoma Harbor.

En este puerto, como en otros muchos, hacían su servicio peculiar varios pequeños vapores dedicados a dar remolque a las embarcaciones que atracaban en el muelle.

Todo consistía en llegar a la altura de las naves, largarles un chicote y cobrar el estipendio convenido.

Claro que ello originaba un reñido pugilato entre los diversos remolcadores, cuyo éxito en la operación estribaba en llegar antes que sus competidores.

Uno de los barcos de que hablamos que más trabajaba era el "Narcissus", propiedad de Ana Brennan y de su marido.

Esta Ana era mujer muy conocida en el puerto por sus enér-

gicas cualidades que distinguíanla de la mayor parte de las mujeres.

Entrada en años, pero vigorosa y apta para todo cometido varonil y, sobre todo, para aquel de su oficio en que adquirió a través de los años práctica inigualada.

En su carácter había que distinguir entre lo externo, que no podía ser más bruto ni más árido, y lo interno, que era un verdadero caudal de ternura. En una palabra, un corazón de oro dentro de una cáscara arisca e indomable.

Era de ver la figura hombruna, corpulenta de Ana, vestida de ropas semimasculinas y tocada de un sombrero derrumbada sobre sus cejas, en pie, vigorosamente, en la cubierta del "Narcisus", o empujando con mano firme la rueda del timón.

En realidad, un temple así, y no otro, era necesario para manejar a Terry, el marido de Ana, hombre tampoco malo en el fondo, pero devoto con unción religiosa del alcohol.

Los más de los días la escena a bordo del "Narcisus" era un rosario de denuestos, algunas veces salpicado de golpes y objetos arrojados, en que la parte activa estaba a cargo de Ana y la pasiva al de un cuerpo informe o tambaleante que decía llamarse Terry, y que no era otra cosa que un odre repleto de licor.

Con el matrimonio compartía la existencia sobre las tablas gemidoras, Alec, el hijo de Ana y Terry, que tan pronto ayudaba a la faena como entregábase al estudio, bajo la vigilancia incesante de la propietaria del barco, que estaba decidida, según sus propias palabras, a hacer de él "un hombre de categoría".

Aquella mañana el pequeño Alec, en el departamento de máquinas del remolcador, hallábase con los libros en la mano, y al percibir la presencia de Ana, exclamó:

—¡Mamita, ven!

—¿Qué quieres, hijo mío? No me hagas las preguntas de siempre. Ya sabes que no me gustan las adivinanzas.

—Pero si no son adivinanzas; son mis problemas de álgebra, que tengo que resolverlos y no sé si lo podré conseguir.

La madre, con su acostumbrado gesto de firmeza, le dijo:

—No hay que darse por vencido tan fácilmente. ¿Ignoras que tienes que ser alguien en la vida?

En esto, a través de las rejas de la escotilla, vióse la figura corpulenta de Terry que tenía un gesto de lastimosa imploración.

—Ana, perdona que te interrumpa. ¿Me puedes dar veinticinco centavos?

Ana no se dignó siquiera volver la vista hacia su esposo, y tomó el libro del muchacho para hacerle unas preguntas que surgió al azar en el texto.

—¿Quién era Sócrates? Respuesta: Un filósofo griego".

Terry volvió a interrumpir con idéntico tema:

—¿No me puedes dar veinticinco centavos?

Esta vez tuvo la misma acogida de absoluta indiferencia.

—¿Por qué no puedes dármelos?

—Porque no tengo ni tendré en la vida veinticinco centavos—contestó Ana en tono definitivo. Y volvió al texto del libro.

—¿Cuál es la primera maravilla del mundo? Respuesta: Las pirámides de Egipto".

—¿Me puedes dar diez centavos?—Oyóse la voz histérica del pedigroneo, mientras su mujer continuaba con la lección:

—¿Con qué mató Sansón a los... los... filisteos? Respuesta: Con una quijada de burro".

En seguida hizo las anteriores interrogaciones al estudiante que contestó de corrido a las dos primeras, pero atascóse al llegar a la última.

—¿Con qué mató Sansón a los filisteos?

—Se me... se me ha olvidado.

La madre, en uno de sus pocos momentos de paciencia, quiso ayudarle la memoria de un modo expresivo y tocóse con la mano la mandíbula:

—¿Qué es esto?

—Tú cara—respondió sin vacilar el muchacho.

—Es la quijada de un burro—dijo ella con toda aplomo.

Mientras, Terry, a quien pocas veces abandonaban los amables vapores del alcohol, presentábase en la tienda de efectos navales con ánimo de comprar unos metros de cable para el remolcador.

Mas díbase la circunstancia de que la mayor parte del dinero entregado por Ana a aquel incondicional de Baco, para adquisición de calabrote, había sido dedicado a la bebida.

El comerciante no estaba decidido a fiarle un centímetro más de maroma, ya que, según su exclamación, eran quinientos metros la longitud que se le adeudaba.

Esto traía la consecuencia de un déficit alarmante en la provisión de cable del barco, que desconocía su propietaria.

Dicho déficit se echó de ver de un modo casi dramático en la competencia que vamos a relatar.

Servern era el dueño de otro remolcador, a bordo del cual llevaba a su hija, una niña linda y traviesa que solía tener las grandes discusiones con el hijo de Ana.

—¿Qué se ha hecho de tu papá?—preguntó la chiquilla aquel día al muchacho de Terry, con sorna intencionada.

—Está enfermo.

—¿Otra vez? Debe estar ya muy grave.

Poco después, se divisó un velero de buen tamaño que esperaba remolque en la boca de la bahía, y ambos remolcadores, el de Servern y el "Narcissus" dirigieron a toda caldera a ofrecerle su auxilio.

Iban emparejados los dos vapores, en obstinada competencia, vomitando humo negro a toda densidad por las chimeneas.

Tratábase de la lucha diaria por el "pan nuestro" de cada día que allí podía traducirse por "el remolque nuestro" de cada día.

A bordo del barco de Servern, la hija de éste exclamaba con gran satisfacción:

—¡Les llevamos ventaja! ¡Les llevamos ventaja!

—Y seguiremos llevándosela; no te apures—contestaba el padre envanecido.

Por su parte Ana, más llena de tenacidad que nunca, asía la rueda del timón y cada vez que miraba de soslayo el barco rival, díjase que iba a fulminarlo con los ojos.

—¡No dejes que Servern nos gane!—decía el pequeño Alec, interesado más que nadie en el pugilato.

Un esfuerzo más de las máquinas del "Narcissus", que resoplaban como un caballo en la máxima tensión de su carrera, y la nave de Ana tomaba apreciable delantera a la de Servern.

—¿Quieres que te preste para este viaje nuestras máquinas?—gritó la dueña del "Narcissus", con voz tonante para que cayese como un ruido endiablado en los oídos de Servern.

Entretanto, la tripulación del velero estaba sobre cubierta contemplando la pugna e interesada ya en la denodada competencia.

—Es una regata con todas las de la ley—decía uno de los marineros.

Y Ana, en la cumbre de su orgullo, decía, refiriéndose al remolcador de Servern:

—Nunca acaban de comprender que son unos inútiles y que deben retirarse a casa.

Ya se acercaban a la embarcación que era preciso remolcar. Terry recibió esta orden de su esposa:

—¡Amarra un cabo al cable y prepárate a tirarlo en seguida!

El buen hombre estaba como casi todos los días, mejor dicho, un poco mejor que casi todos los días, porque no se caía ni se arrastraba por el suelo. Caeió el cabo, lo amarró al cable y, al ser ocasión, arrojólo al velero.

En dicho barco cobraron del cable, y en un santiamén la maroma se terminó y quedaba el "Narcissus" sin unión ninguna con el remolque.

Los marineros sorprendiéronse de encontrarse con el extremo del cable, y Terry, entonces, recordó la escasez de cuerda, de que nadie más que él, por trocar el presupuesto para aquella atención en libaciones, era culpable.

El remolcador de Severn aprovechó la oportunidad para acercarse al velero y obtener el remolque.

La última excusa tímida de Terry ante la mirada fulminante de Ana fué:

—Es posible que las ratas se hayan entretenido en comerse el cable...

Después, consternado, se sentó al lado de su esposa:

—¡Hemos perdido el remolque!

Ella, que sabía también sobreponerse después de lo inevitable, dijo, conteniendo su furia:

—¡Bah!, no era tan gran negocio, después de todo...

Pero el penueño Alec habíase dado cuenta de lo sucedido, y comprendiéndolo todo deslizó al oído de Ana:

—Mira, mamá. Yo no voy a volver a la escuela.

—Tú volverás a la escuela como siempre.

—Es que si papá no te avuda, sabré avudarte yo.

Ana no toleraba ingerencias de un niño en la conducta de los mayores:

—Tu padre es el mejor marido del mundo. No le hay parecido. Y lo único que espero es que cuando crezcas llegues a ser un marido como él.

—Pues yo no vuelvo a la escuela.

—Ni tú ni nadie tiene nada que decir a bordo del "Narcissus". Si un muchacho tan listo como tú quiere ser el día de mañana

un hombre de provecho, un personaje, debe no desmayar en instruirse. Suponte, por un momento, que llegas a ser capitán de un trasatlántico y alguno de esa gente elegante que viaja en ellos, te habla... en latín; pues te quedarías con la boca abierta. No, no; es preciso que vuelvas a la escuela, y con más ardor que nunca. ¡Tú no sabes cómo estaremos tu padre y yo de hinchados el día que seas capitán de un trasatlántico!

—¡Nada menos que eso, mamá!

—Sí, eso. ¡Oh! Alec Brennen... capitán de la Marina Mercante...

El rostro de Ana transfigurábase como si se iluminase de gozo inmenso y esperanza. Toda la ilusión de su vida, de sus afanes, de sus trabajos. ¡Alec Brennen, capitán de la Marina Mercante!

II

EL CAPITAN

En los periódicos locales de aquellos días se leyeron párrafos como éste:

"El capitán más joven de nuestra marina mercante: Se hace grandes elogios del capitán Alec Brennen, comandante de la "Glacier Queen", nave capitana de la compañía de Vapores Severn. Pocas veces se han dado reunidas así la pericia y la juventud."

Y también, pronto, otra noticia, sobresaltadora del corazón de Ana, la del remolcador:

"La "Glacier Queen" fondeará hoy dando término a su primer viaje. Este barco, orgullo de la compañía local y de la tradición marítima de nuestro puerto, será recibido con grandes festejos cívicos y por las autoridades."

Si los habitantes de aquella población donde cualquier acontecimiento marítimo era causa de celebración extraordinaria, acudirían al muelle a presenciar, satisfechos, la llegada del "Glacier Queen", nadie con más temblorosa ansiedad que Terry y Ana por aguardar la venida del trasatlántico.

Ambos decidieron prepararse y acicalarse en lo posible para tan sensacional recepción.

Terry, no sabiendo cómo hacer ostensible su gozo, lo sintetizó en un beso violento y ruidosísimo estampado en la mejilla de su mujer.

—Cuando besas, parece que aplicas una broca en la cara—

observó Ana, que en un día como éste estaba dispuesta a consentir a su cónyuge incluso las ternizas.

—Si me andas besando—añadió—en público, la gente presumirá que estás borracho.

—¡Vaya un desatino! Hace un mes que no bebo un solo trago.

—Mejor. Así tu hijo, el capitán Aler, se sentirá orgulloso de ti.

—Pues no digo nada cuando sepa que nunca más voy a beber!

—Bueno; no pierdas tiempo. Ponte tu ropa mejor para que no desdigas mucho al lado del marino más arrogante de América. Varias veces he oído decir a Alec: "Cuando mi padre se echa encima el fondo del bañi... casi, casi parece un caballero." Conviene que le hagas ver de quién ha heredado su buena apostura.

De muy mala gana, aquel hombre rebelde a todo cuidado exagerado de su persona, se puso a hacerse la "toilette".

Ya lo de cambiarse de ropa y substituir aquellas arrugadas y graxientas por otras de mayor tiesura, era para él un sacrificio.

En su no muy refinada "deshallé", recorría el camarote no sabiendo por dónde comenzar su tocado.

El capítulo de alisar el pelo rebelde fué el más laborioso.

De una pequeña alacena extrajo un frasco sobre el cual se leía: "Tónico para el pelo", y con él friccionóse concienzudamente...

Pero he aquí que una de las gotas del específico resbaló por el rostro hasta llegar a sus labios, y que aquel compuesto lo era a base de alcohol...

Pronto el tocado de Terry alternaba con las libaciones de aquel regenerador capilar.

El resultado de este juego es fácil de presumir...

Cuando la madre de Alec, luego de apresurarse con varios avisos, fué en definitiva a buscar a Terry para llevárselo al muelle, lo encontró en un estado lamentable. Había perdido por completo la verticalidad y se arrastraba por las tablas de cubierta.

A ella, no obstante su práctica en verlo de ese modo, le causó un punzante dolor.

—¡Estás bebido!—exclamó concentrando en aquellas dos palabras su estúpido por que tal cosa sucediese en una fecha tal.

El sólo repuso tartamudeante:

—Ana... Estás en lo cierto. Nunca... te equivocas.

Fué preciso que Ana decidiese acudir sola a la ceremonia del puerto, la cual, al llegar ella, ya estaba comenzada.

Valiéndose de sus codos y atropellando a quien se ponía por delante abrió brecha entre el público para colocarse en primera fila.

Era el momento en que el capitán Alec. Severn el armador, el alcalde de la ciudad, y otras personalidades hallábanse reunidos esperando los discursos y parabienes.

No se hizo esperar la peroración del alcalde:

—Como alcalde de Secoma, y en nombre de millares de ciudadanos que admiran nuestros progresos marítimos, me complace en dar la bienvenida a la "Glacier Queen", nave capitana de la Compañía Severn, así como al bravo marino que la manda y que es el capitán más joven que ha navegado en estas aguas...

Al terminar sus aplaudidas frases el alcalde, Alec dijo unas palabras sin afectación y con agradecimiento:

—Todo esto es tan inesperado para mí, que me sorprende y me confunde. Un capitán de buque no es más que una de tantas piezas insignificantes de la máquina...

Ana, que oyó aquello, no pudo contenerse.

Salió de entre el público para irrumpir en el grupo que rodeaba a su hijo, y exclamó:

—¡Cómo puede decirse que el capitán de un buque es una pieza insignificante! ¡Bah, este muchacho siempre ha sido muy vergonzoso!

Abrazáronse con fuerza, madre e hijo, en medio de la simpatía general, y Severn díjole a ella:

—Debe usted sentirse muy orgullosa de él.

—Ya lo crea. Es el mejor capitán de buque... descontando a su padre.

Era el momento de evocar con ternura los recuerdos, y Ana trajo a la memoria sus relaciones, algo tirantes, de otro tiempo con Severn.

—¿Se acuerda? Parece que fué ayer cuando nos peleábamos por arribatarnos los negocios, cada cual en su remolcador.

No tardó en surgir una pregunta muy lógica.

—¿Dónde está Terry?

Ana sintió un instante el azoramiento de buscar una excusa:

—Terry... Terry... se ha dislocado un tobillo. Pero es cosa de nada. Me encargó que les trajese sus saludos y que les invitase a tomar té... en el remolcador.

La novia de Alec, aquella lindísima muchacha en que se había convertido la mocosa con quien disputaba el hijo de Ana en los tiempos no muy remotos infantiles, preguntó palmoteando:

—¿Estoy incluída en la invitación? ¿Cuándo va a ser? ¿Pronto, no?

—Si te parece bien—repuso la madre de Alec—mañana a la hora de la comida. Prepararé mis famosas coles agrias que tanto le gustan al nuevo capitán.

Patricia, la novia de Alec, inquirió ingenuamente:

—¿Entonces ya estará bien Mr. Brennan?

—¡Oh! Sí. Solamente es algo pasajero.

III

LAS COLES AGRIAS

Ana hacía ya muchas horas que dedicábase a los preparativos de la comida con que iba a agasajarse a su hijo y a la novia de éste.

Ahora con su gran mandilón de cocina no recordaba del todo su empaque hombruno de cuando empuñaba el timón.

Más bien parecía una vieja ama de casa, eso sí, enérgica y vigorosa.

Cuidaba, sobre todo, su plato favorito, las coles agrias, en el cual culminaba toda su sabiduría de cocinera.

De repente, el corazón anuncióle un gran peligro. No encontraba a la vista una de las botellas que le era imprescindible.

—¿Dónde está el ron para sazonar?—preguntó alarmada pensando en su marido, y añadió, cuando, contra lo que pensaba, encontró la botella sin muestras de atentado—: Habrá que esconderlo de los ojos de Terry. Este hombre, un día, beberá un trago de agua por equivocación, creyendo que es ginebra, y se morirá del susto.

Fue a buscar a la cámara a su esposo y lo encontró en la actitud equívoca de quien oculta o disimula algo.

—¿Qué has estado haciendo?

—Nada; estaba viendo estas nueces.

—¿Y tú imaginas que tu oficio a bordo es cascar nueces?

Curándose en salud, antes de que hiciese la consabida pregunta, se justificó;

—No tengo ninguna botella, te lo aseguro.

Pero Ana, que en este punto era tan incrédula como Santo Tomás, palpó sus bolsillos de la chaqueta y de los pantalones minuciosamente.

No hubo hallazgo, pero sí una nueva recriminación por el desaliño de Terry.

—¿Por qué no te has puesto cuello?

—¡Mujer, no será ninguna reunión de etiqueta!

—Pero sí lo bastante para que te hubieses lavado por lo menos.

—¿He de lavarme? ¿Es imprescindible?

Y, con resolución heroica, provisto de una pastilla de jabón, comenzó un pulcro lavatorio de sus manos.

Aproximóse, sin dejar de enjabonarse, a la olla de las coles agras y, de pronto, la pastilla escurridiza, resbaló como un pez inquieto y fué a zambullirse en el perol.

El azoramiento de Terry fué tan grande, que no sabía si confesar de plano el accidente u ocultarlo y afrontar todas las consecuencias.

Por su parte, Ana empezó a propinarle empujones, sin permitirle, según su antigua costumbre, aducir ningún alegato.

En resumen, el jabón quedóse dentro de las coles y los invitados llegaron al "Narcisus".

Terry los recibió con el mejor de sus gestos y con lo mejor de su vestimenta. Estaba aquel día al margen del alcoholismo y de mejor humor que nunca.

—Debe usted estar muy orgulloso de su hijo—le dijeron.

El respondió con toda suficiencia.

—Yo tenía la seguridad de que saldría adelante.

—Es muy agradable el tiempo esta noche—observó Patricia, a quien, con el optimismo de su edad y de su humor, todo le parecía de color de rosa—. El mar y el cielo son hermosísimos. Siempre me ha gustado mucho el agua.

—Hay gente a quien le gusta "eso"—tuvo que convenir el marido de Ana.

Luego Terry hizo una proposición que a él parecióle muy en su punto.

—Acaso no deberíamos recibir a nadie en este sucio remolcador. Podíamos ir a un elegante restaurante chino que yo conozco...

La muchacha protestó en seguida.

—¡Pero si yo quiero comer coles agrias!

Acto seguido, Ana decidía:

—Puesto que a los invitados les parece bien el sitio y la comida, no tienes tú por qué protestar.

Entonces Terry mostró su obstinación en hacer algo fuera de programa:

—Iré a buscar unos helados.

—¡Hum! No me huele bien ese paseo y, en cambio, tú, me hueles a licor.

—Apenas una gota—aseguraba el buen Terry—. Iré por los helados. Tengo que ir.

—Bueno; ve en un momento. Siempre se te han de ocurrir las cosas en el último minuto.

Cuando regresó el padre de Alec, y todos contaminados de un ambiente grato y hogareño, hallábanse en torno a la mesa, se entabló una animada charla en que cada cual olvidó sus preocupaciones para gozar del plácido momento.

Cada cual no; porque a Terry, al salir a la mesa las célebres coles agrias, se le hubiera podido ahogar con un cabello.

Quiso desganasar de apetito de coles a los comensales y dijo así:

—Me he enterado de que ayer comió un hombre costilla de vaca y coles agrias, y se murió.

El hecho no hizo ningún efecto. Sólo causó extrañeza a su mujer, que rechazase la vianda:

—¡No me apetece! ¡No tengo apetito!—alegó él.

Entretanto, Ana estaba ansiosa de ver la cara de aceptación de los invitados cuando probasen el condimento.

—¿Qué tal está esto?—preguntó.

Patricia fué la primera en responder de un modo algo ambiguo:

—Nunca he comido cosa semejante.

—Es el plato favorito de Alec.

Alec en este instante componía un rostro de mal sabor de boca, inconfundible.

Llegó el turno a Ana, y luego de probar el primer bocado ocurrió lo que era de prever: una escena en que jugaron el miedo de Terry, el paroxismo de la indignación de Ana y el susto consiguiente de los invitados.

Para completar el "magnífico efecto", a Terry se le escapó un formidable cristo sonoro y con amplitud de megáfono.

El cuadro familiar se descompuso, la pareja amorosa abandonó el remolcador, y Ana quedóse persiguiendo a su cónyuge con toda clase de objetos arrojadizos.

IV

ANA, POR UNA VEZ IMITA A SU MARIDO

La invitación, elegantemente impresa, fué leída por Terry y su mujer, con gran alborozo.

Rezaba así:

"El capitán del "Glacier Queen", Alexander Brennen y la oficialidad del barco, tienen el honor de invitar a usted al té que ofrecerán a bordo el próximo sábado, de 4,30 a 6..."

Y después de la fórmula de saludo se leía en la cartulina: "Queridos papás: os esperó sin falta. Muchos besos, Alec."

Y el sábado el matrimonio con sus mejores galas se dirigió al trasatlántico.

El, que era algo más rumboso que su costilla, llamó, lleno de énfasis, un taxímetro, y después de las protestas de ella, que lo consideraba un despilfarro y de seguir con ansiedad cardíaca los números que marcaba el taxi, acabaron, por imposición de Ana, abandonando el vehículo antes de enfermar del todo de los nervios.

La recepción a bordo estaba animadísima y prestigiada por lo más granado de la sociedad de Secoma.



—¿Quieres que te preste para este viaje nuestras máquinas?



—... para colocarse en primera fila...



... a Terry se le escapó un formidable...



—No se trata de asunto de familia...



—Prestarte dinero a ti es como ponerlo en el Banco,



—¡No puedes entrar en ese infierno!



... estaba sin conocimiento, en un hulto uniforme...



—Déjate de florileos, vieja!

Ana, no faltaba más; venía dispuesta a no decepcionar de las más elegantes ropas.

Se puso a bailar con su hijo, luciendo su ostentoso vestido rameado, y le explicó:

—Este traje costaba veinticinco dólares y yo esperé a que lo rebajasen a nueve. Para que veas; no quería que te avergonzaras de mí.

—Jamás me avergonzaré de ti, mamáita.

—¿No es verdad que tu padre también va muy elegante? No ha bebido nada... desde la otra noche.

La bebida que se ofrecía en el baile era un ponche a base de alcohol, y cuando Ana se percató de ella, ya no tuvo más idea que impedir que su esposo lo probase, en previsión de una insistencia inevitable y peligrosa.

Halló a su marido amablemente rodeado de un grupo de niñas en las personas de varias muchachas invitadas, que oían el relato de sus proezas marineras.

Terry narraba con todo énfasis:

—... entonces salté por la borda con agilidad inigualada y agarré al monstruoso tiburón con mis propias manos... pero ¡bah!, aquello no tuvo importancia.

—Es usted un héroe muy modesto—le dijo una de las jovencitas.

—No me gusta fanfarronear...

En el momento en que aquel "Leónidas" se disponía a ingerir un vaso de ponche, arribó la fragata de su esposa.

El no tuvo más remedio que aclarar, casi con el aire con que se explica una desgracia de familia:

—Esta es mi mujercita.

—Su marido es muy valiente. Es un héroe—corearon las niñas.

Ana nunca dejaba en mal lugar en público a su hombre:

—¿No les ha contado cómo capturé a los piratas? Pues ya se lo contará. Ahora voy a llevarme prestado su héroe un momento.

Le arrebató el vaso de ponche a pesar de sus protestas:

—Parece mentira; no tienes confianza en mí.

Luego le arrastró al baile, en que por los giros de la danza revolvíase todo el ponche de los vasos que había bebido ella

para evitar que Terry lo hiciera, y comenzó a dar muestras de no muy estables equilibrio y seriedad.

A última hora, después de arrebatarse unos cuantos vasos más de licor, Ana bailaba con un joven oficial y el estado de su cabeza no le permitía conservar en absoluto su serenidad.

Daba traspiés y colocábase el anticuado sombrero derrumbadamente a un lado y a otro, y los que conocían al matrimonio, tuvieron ocasión de reír, ya que por una vez era ella la poseedora de la pátina.

Ana no dábale cuenta de lo que sucedía y sólo pudo explicárselo así:

—El mar debe estar muy picado. Hay una marejada muy fuerte...

V

ELIJE ENTRE EL O YO

A bordo del "Narcisus", Ana hacía su acostumbrado reconocimiento del garnate de Terry:

—A ver; respira.

Olió el aliento, cuyo olor no era de rosas precisamente.

—Ya me lo figuraba; has bebido.

Hubiera continuado la discusión de no presentarse el capitán Alexander con la alegría pintada en el rostro:

—Mamá; vengo a daros una buena nueva. Tengo un empleo para papá.

—¿Un empleo?

—Sí; Mr. Serven necesita un administrador del muelle.

A Terry sonábale aquello a cosa de alto rango:

—¿Seré jefe, entonces?

—Tendrás a tu exclusivo cargo la administración.

Una duda cruel le asaltó, de pronto:

—¿Tendré que usar cuello?

—Como mejor te convenga. Lo interesante es que podrías vender el "Narcissus" e iros a vivir en tierra.

Sintió Ana como si una garra viniera a quitarle un pedazo de su vida:

—¿Quieres decir... que nos desprendamos del "Narcissus"?

—Claro, mamá. Considera qué dirá de mí la gente si sabe que dejo trabajar a mi madre como una negra. Y, además, la responsabilidad e importancia del nuevo cargo, pueden hacer de padre un hombre de provecho.

La esposa de Terry creyó que había llegado el caso de claudicar ante designios de mayor convergadura:

—Bueno, bueno; si crees que eso será beneficioso para tu padre...

Se dispuso que fuese Terry sin pérdida de tiempo a entrevistarse con Serven, que le estaba aguardando.

Poco después, el capitán salía del barco y su padre entraba en la cámara para sacarse un tanto su robusta persona.

Quedó sola Ana sobre cubierta y comenzó sin darse cuenta, a acariciar las tablas del remolcador.

Queriendo darse fuerzas a sí misma y pretendiendo engañarse, murmuraba:

—Es preciso reconocer que veintitrés años es vivir demasiado tiempo en el mismo sitio. Gracias a Dios que voy a salir de este viejo remolcador.

Decía esto, y, en el fondo, hubiera besado las tablas de cubierta.

Al salir su marido, con terno endomingado, le preguntó:

—¿Estás hablando sola, mujer? No te aflijas; ahora podremos vivir donde siempre hay marea alta.

—Y también alquileres altos.

—Supongo que echarás mucho de menos al "Narcissus".

—¡Bah! ¡Por cierto que no! Esta antigualla averiada... No merece la pena recordarlo...

Fluyeron las lágrimas de sus ojos y quemaron el semblante curtido por tantos años de mar.

Su marido echóle un brazo por la espalda y adoptó una desusada actitud de ternura:

—Una cosa, en cambio, te consolará... Que siempre me tendrás a mí a tu lado...

—Hombre, no hace falta que respires. ¡Estás completamente borracho!

* * *

En el confortable y grave despacho de Severn, entró Terry, como Juan por su casa, y en vez de grandes remilgos de gratitud, espetó a su protector:

—Es muy justo que sus parientes colaboren con usted.

—No se trata de asunto de familia—repuso Severn con cierta gravedad.

—Ya sabe que Alec va a casarse con su hija. Así es que entre nosotros todo arreglado. ¿No es así?

Terry tumhaleábase y exhalaba un fuerte olor de ginebra, y habría seguido lanzando exabruptos, de no llegar Alec, que dióse cuenta al instante del estado y actitud de su padre.

Adoptó un gesto conminatorio, un gesto de verdadero capitán, y dijo al beodo:

—Te veré más tarde en el remolcador.

Allí, Ana aguardaba, impaciente, el regreso de su esposo con noticias e instrucciones.

El mal talante de éste, cuando tornó, le hizo entrever lo ocurrido:

—¿Qué; cómo has quedado con Severn?

—No me hables de Severn. Lo vería ardiendo, y no escupiría para apagar la llama.

—Total; acaba diciendo que perdiste el empleo.

—Estaba muy debajo de mi dignidad.

—¿Entonces, has peleado con Severn?

—Verás; él creía saberlo todo... y a mí... me ofenden algunas cosas.

—Es el jefe de tu hijo, ¿no lo sabes? ¿No era esto bastante para que no despegases los labios?

—No podía consentir que me tratase como a un burro...

—Bastante burro eres, sin que nadie te trate de ello.

Y ella, abriendo la espita de su ira, comenzó a lanzar sobre el borrachín los platos de la mesa y cuanto encontraba a su alcance.

El agredido procuraba refugiarse, pero no conseguía escapar a los golpes de aquella mujer llena de intensa y justificada—no se puede negar—indignación.

En el momento álgido de la trifulca, cuando se oían palabrotas e imprecaciones y tanto uno como otro cónyuge tenían el aspecto de supervivientes de una descomunal batalla, llegó Alec con ánimo de recriminar a su padre por su conducta con Severn.

Al contemplar la escena, exclamó casi amenazadoramente y encarándose con Terry:

—¿Qué ha sucedido aquí? ¿Le has pegado! ¿Has maltratado a mamá!

Ella declaró lesalmente:

—Tu padre no me ha pegado nunca en su vida... salvo en caso de defensa propia.

—Está bien: no quiero permitir que aguantes un minuto más a este...

—¿Estás hablando de tu padre!—interrumpióle Ana, saliendo por los fueros de las respetuosas relaciones familiares.

—¡Años enteros, día tras día, te has esclavizado por él y has llevado sobre tus hombros el peso del negocio! Ahora te vienes conmigo y descansarás como merrecas.

Ana no vió más que un punto oscuro en aquella proposición:

—¡Pero... si estoy casada con él!

—Yo trataré de que seas feliz.

—¡Oh, no! ¿Qué haría él sin mí?

—Acaso sería lo mejor que pudiera sucederle.

La emoción comenzó a anudarse en la garganta de Ana.

—No, no, Alec. Yo no puedo abandonarlo.

El brodo sempiterno intervino con aire de humildad:

—Si tú le dieras excusas en mi nombre a Severn...

—Mamá se viene conmigo ahora mismo. Yo le haré vivir la vida que le corresponde.

Y Terry tuvo una resolución, que expuso con voz quebrada por el dolor:

—Sé que no he sido un buen esposo, pero Ana no será feliz lejos del "Narcissus"... Así es que yo me iré.

—¿Dónde vas a ir?—dijo Ana.

—¡No importa! ¿Qué importa lo que le suceda a un viejo borracho como yo?

—¡No eres un viejo borracho! ¡Eres mi marido!

Alec observó entonces:

—Está tratando de excitar tu compasión. Sabe lo que se hace.

—Insúltame, hijo. No te guardaré rencor. No tengo dónde ir... pero me iré de todos modos.

—Eres una eucaracha de mar, pero tu sitio está aquí, al lado de tu mujer—dijo Ana.

Y hablando con su hijo:

—Me necesita, Alec.

—¡Acabará por echar a rodar el negocio y por hundirse en el fango y te hundirá a ti también! Está jugando con tus sentimientos. Es un...

No pudo formular el calificativo, porque Ana le propinó una bofetada.

Fué el impulso de un momento, y después siguió un rato de silencio embarazoso.

El muchacho sintióse rudamente ofendido, se llenó de dignidad y expuso este dilema:

—¿Lligo entre él o yo!

En seguida abandonaba el barco con el aire de quien se va de un modo definitivo.

Y sin haberse extinguido aún el eco de los pasos del capitán, Terry lloriqueaba:

—Mi hijo y mi mujer me vuelven la espalda. Debo ser una persona abyecta. ¡No volveré a probar una gota de licor en toda la vida!

VI

LIMPIEZA MUNICIPAL

Pero, a pesar de la violenta separación, lo único que obedía al buen matrimonio era cuanto se relacionaba con su hijo.

Cuando llegaba de arribada el "Glacier Queen", empinábanse en la cubierta del remolcador, disputándose los prismáticos para ver de observar a su capitán.

Si le divisaban en alguno de los puentes, solían hacer comentarios como éstos:

— Parece que ha adelgazado en estos últimos meses.

— Apostaría a que no se pone la ropa interior gruesa, como tantas veces se lo tengo dicho.

— Va a pescar un resfriado en este viaje a los mares del Norte.

— No nos vendrá a ver. Pero, al menos, uno se consuela viéndolo cuando llega y cuando se va. Peor sería no poder echarle la vista encima.

Mientras, el viejo remolcador seguía renqueando, asmático, haciendo cada vez menos servicio.

Las calderas, muy viejas y desajustadas, perdían constantemente presión, y ya pronto sería imposible competir con ningún otro barco, pues difícilmente se encontraba un remolcador más remolón en todo el puerto.

Ana y Terry, muchas tardes, sentados sobre cubierta, comestaban esta agonía lenta del "Narcissus".

Se hizo absolutamente necesario buscar dinero, para adquirir calderas nuevas, y después de mucho meditarlo, decidióse que Ana iría a la ciudad para entrevistarse con las amistades que pudieran satisfacer la petición.

Pero Ana no salió del barco sin hacer a su marido esta advertencia:

—Si viene algún barco que remolcar, espera a que yo regrese. No confiaba, no dirigiéndola ella, en la maniobra.

* * *

La peregrinación de Ana buscando dinero fué muy parecida a la mayor parte de las peregrinaciones de esta clase.

Las garantías con que contaba, el averiado remolcador, no eran suficientes, ni con mucho, para satisfacer a ningún prestamista.

Uno de los mejores amigos de Ana, hombre de los más adivinados de la población, le habló en este sentido:

—El "Narcissus" tiene ya más de cuarenta años...

—Yo también—contestó ella con altivez—, pero todavía puedo manejar un remolcador.

En vez de aprontarle el dinero, aquel amigo le aconsejó que se retirase de la explotación del remolcador, y Ana no quiso ni escucharla.

En otros sitios le ocurrió algo muy semejante, y cuando volvía desalentada, murmurando de la mala fe de los hombres, un antiguo amigo, de origen humilde, que conocía perfectamente el carácter de Ana, la llamó al pasar por la puerta de su establecimiento:

—¿Cómo estás, querida? ¿Cómo te van los negocios?

—Muy bien. ¿Quieres que entre un momento?

—Tienes alguna preocupación. Dime lo que sea. Ya sabes que no nos conocemos de ayer.

Poco después salía Ana del establecimiento con el cheque por la cantidad que precisaban, y oía las últimas frases de quien la había favorecido:

—Prestarte dinero a ti, es como ponerlo en el banco...

Simultáneamente, al muelle donde estaba atracado el "Narcissus" llegó el aviso de que había un barco por remolcar.

Terry, no obstante la advertencia del marinero más antiguo empleado a bordo, que temía toda operación, no siendo dirigida por Ana, lanzóse al mar por no perder el negocio.

Estaba, si no borracho del todo, algo alegre, y quiso el destino que en la corta travesía tropezasen sus ojos con una caja de madera que flotaba a corta distancia.

—Quizá sea una caja de whisky—dijo—. Vámonos a ver si la pescamos.

El resultado de aquella pesca fué que embarcó la maniobra y, antes de poder recuperarse con el timón, el "Narcissus" había embestido al buque de pasaje a quien pretendía remolcar.

La catástrofe no fué irreparable ni hubo desgracias personales, pero sí lo suficiente para que la compañía naviera reclamara daños y perjuicios y el remolcador fuese vendido en pública subasta, para poder satisfacerlos.

Ana y Terry tuvieron que pasar por el acerbo dolor de presenciar la subasta y de ver en qué poco se trataba un barco de tan larga y brillante historia...

Fuó adjudicado por tres mil doscientos dólares.

Y no paró aquí la desdicha y la humillación. El "Narcissus" se adjudicó en el remate a la Comuna de la ciudad, para un servicio que, en realidad, no merecía: ¡Para remolcar las basuras de la población y arrojarlas en alta mar!

Pero en aquella ciudad, por lo visto, se gustaba de proceder con sentido común, y se les ocurrió que era lógico ofrecer el mando del "Narcissus" a quien mejor podía conocerle y gobernarle: a la propia Ana Brennan.

Era el único modo de que tanto ella como su marido tuvieran un empleo para seguir subsistiendo.

Y, soportando el olor penetrante de los detritus y un horrible cartelón en el barco que decía así: "Limpieza municipal", continuaron como inquilinas y jefes de aquella nave que casi les había visto nacer.

VII

HEROE, PERO NO ABSTEMIO

Patricia solía visitar al matrimonio encargado ahora del transporte de los detritus.

La buena machacha trataba de consolarlos de la situación y dejaba siempre entrever una posible reconciliación con el toxodo Alexander.

Les aseguraba:

—Los echa mucho de menos; pero es muy terco. Voy a ver si consigo que venga a verles.

Y así animaba a la decaída Ana con su conversación y con las promesas y proyectos de felicidad cuando fuese la esposa del joven marino.

Todo transcurrió sin alteraciones de importancia, hasta un día en que el "Glacier Queen" había de atracar en el muelle, muy próximamente.

Esperábanlo, como otras veces, Ana y Terry, aunque pensaban que tal vez no lo vieran llegar a causa del mal tiempo que estabase preparando.

Jerry era un buen conocedor de los fenómenos meteorológicos, y aseguró:

—Antes de la noche se desatará una tempestad.

—Lo que hace falta—dijo Ana—es que podamos echar pronto al agua esta basura, y volver antes de que danzcinos demasiado.

—Las calderas están muy mal; gotean otra vez, y si encontramos mal tiempo antes de doblar el cabo...

—Sea lo que Dios quiera. Nosotros no nos alejamos de la costa. Lo peor es para los que lleguen de arribada.

Y el barco que llegaba de arribada, maltratado, maltrecho por el furioso temporal, era el "Glacier Queen".

Su capitán, el hijo de Ana, no obstante su pericia y su serenidad, decía a los oficiales:

—Me sentiré muy contenta si llegamos al puerto.

Pronto agravóse la situación.

—Se ha roto una de las alas de la hélice—vinieron a comunicar a Alec.

Con esta avería a bordo, no se les ocultaba que el viento arrojaría a los bajos cercanos de Coppe, en menos de una hora.

El cielo habíase encapotado con pardos y sucios nubarrones que le oscurecían tanto como lo estaba el mar.

Montañas de agua sucedíanse como ejércitos formidables y amenazadores, y venían gruñendo a estrellar su rabia impotente en el costado del barco.

Golpes furiosos de mar batían la cubierta y hacían gemir los hierros y los cordajes.

El buque danzaba sin gobierno, ya que la hélice no podía afirmarse, y de un momento a otro picaría de costado o de proa o de popa, y sobrevendría lo irremediable.

—¡Hagan que los pasajeros se pongan los chalecos salvavidas!—ordenó Alec, aguardando lo que el destino deparase—. ¡Que lancen un S. O. S.!

Alec pensó que su juventud, su carrera y los que le rodeaban, probablemente terminarían allí.

Por su parte, Ana y Terry, en el "Narcissus", ya no se preocu-

paban de las hamacas que llevaban a bordo, sino de la tardanza en ver aparecer el "Glacier Queen".

—Si no lo divisamos pronto—prometió Ana—, nos alejaremos a buscarla.

—Creo que le encontraremos más afuera—repuso Terry, que no estaba tampoco muy tranquilo.

Pero he aquí que al doblar el cabo e internarse en alta mar, donde el oleaje hizo bailar infernalmente al remolcador, tuvo que gritar:

—¡Ahí está el barco de Alec! ¡Han lanzado la señal de peligro! ¡Deben encontrarse muy apurados!

Ya no se pararon a pensar otra cosa. Ana ordenaba a gritos:

—¡Corta el cable de los botes! ¡Toda la velocidad de que sean capaces las calderas!

—Las calderas no resisten mucho.

—¡Hasta que resistan!

Hicieron señales con las luces para ser divisados por el buque y con ello injectaron algunas esperanzas en sus tripulantes.

—¡Es el "Narcissus"!—exclamó a todo pulmón Alec—. Pero ¿por qué hacen esto? Se arriesgan demasiado...

El remolcador era como una pavesa zarandeada por un poderoso torbellino de viento enfurecido.

Fueron necesarios todos los inauditos, los desesperados esfuerzos de que sólo la gente de mar, en los momentos de álgido peligro, es capaz, para conseguir amarrar un cabo al trasatlántico para darle remolque.

Los marineros del "Narcissus" intentaron plantarse.

—¡Esto es un suicidio! ¡No hay derecho a sacrificarnos a todos! ¡Las calderas no resisten más! ¡Tendremos que soltar el remolque!

Pero antes tendrían que matar a Ana y a Terry.

Resoplaba el "Narcissus" como un pecho que expulsa sus últimos estertores, y los tripulantes del "Glacier" veían con espanto que pronto no lo podría sostener.

En las calderas, la avería estribaba en que las tuercas de los extremos de las barras hallábanse desajustadas, y ello impedía que pudiera subirse la presión.

Pero allí estaba Terry, cuyo temple iba ahora a demostrarse.

El único medio para ajustar las tuercas era hacerlo desde el

interior, es decir, que precisaba introducirse en la caldera, cosa que cualquiera hubiese juzgado, a primera vista, imposible.

Terry se hizo envolver en unas mantas y empuñó la manga de agua para irse rociando todo el cuerpo. Era preciso meterse en la caldera.

Por una vez, Ana quedó suspensa ante el heroísmo de su esposo. Ya no era ella el factor masculino, sino una vieja mujer emocionada ante el valor de un hombre arrojado.

—¡No puedes entrar en ese infierno!

—¡Cállate, vieja vaca marina! ¿No ves que es para salvar a nuestro hijo?

Pocos hombres hubieran arriesgado en aquella proeza. Terry entró por la puerta que respiraba alicato de calor endemoniado y atravesó todo el hogar, envuelto en humo y lamido por las llamas.

Senecogado, sintiendo arder sus carnes, colocó las varillas y apretó las tuercas a golpe de martillo.

Los que aguardaban fuera, atónitos, presumían que no saldría ya de aquel volcán.

Pero al cabo de un rato, arrastrándose como un reptil, consumiendo sus últimas fuerzas, salía el cuerpo de Terry, entre una bocanada de humo y de humo.

Cuando lo cogieron para acabar de sacarle del hogar, estaba sin conocimiento, era un bulto infernal, chamuscado, y su rostro una extensa quemadura.

En la clínica, donde, postrado en el lecho, se encontraba Terry, envuelto el rostro en blancos vendajes, toda la familia rodeábale, ansiosos de animarle y desearle su curación.

Gracias a su denuedo, habíanse salvado el "Glacier Queen" y, tanto los armadores como las autoridades, preparaban un homenaje a su heroico comportamiento.

Ana gimoteaba, pensando en los sufrimientos por que pasaba su marido:

—¡Nunca debiste haber berbo aquello!

—Déjate de lloriqueos, vieja!—contestaba él a través de los vendajes—. Era por salvar a nuestro hijo.

—Siempre has sido un diablo irresistible, Terry.

Y, no mucho después, cuando el héroe se hallaba repuesto, públicamente, con todos los honores, se le impuso una medalla de mérito.

Además, recibía otros dos regalos: la boda de Patricia y Alec, tan enamorados como admiradores del gran Terry, y la donación por parte de la Compañía naviera del remolcador "Narciso", perfectamente pintado y reparado, para que en él acabase sus días aquella pareja de viejos marineros. Ana y su esposo, espejos, cada cual a su modo, de las personas de buena fe.

—¡Se acabaron los días de remolcar basura!—exclamaba Ana, brincando de júbilo.

Y Alec preguntaba a su padre:

—¿Qué te parece eso de sentirse héroe, papá?

—Pues... absolutamente natural. Estoy en mi elemento, hijo mío.

Por fin quedaban solos marido y mujer, a bordo de su medio natural: el remolcador.

Nadie les arrancaría de allí, no siendo la muerte. Otra vez la lucha y otra vez la vida.

Ella hizo esta reflexión:

—A mí sí que deberían darme la medalla, por vivir contigo...

Llevaba él todavía un brazo en cabestrillo, y Ana fué a asirle, cuando percibió un cuerpo duro, y de debajo del pañuelo en que descansaba el brazo, pudo extraer un flamante frasco de ginebra.

Con todo civismo, el héroe preguntó:

—¿Quién habrá enlacado esto aquí?

No había remedio, Terry sería una buena persona y héroe siempre que hiciese falta, pero abstemio, nunca, mientras se tuviese en pie.

FIN

Números publicados:

- REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederick March, etc.
EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.
LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.
SU ÚLTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.
JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughlin, Maureen O'Sullivan, etc.
TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.
CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.
NOCHE TRAS NOCHE, por George Raft, C. Cummines, etc.
ENTRE LA ESPADA Y LA PARED, por Tallulah Bankhead, Gary Cooper, Charles Langton, etc.
EL ÁGUILA Y EL HALCÓN, por FREDRIC MARCH, etc.
ESCÁNDALO EN BUDAPEST, por Franziska Keal y Paul Horbiger.
PIMIENTA Y MÁS PIMIENTA, por Lupe Vélez, Edmund Lowe, etc.
YO SOY SUSANA, por Lilian Harvey y Gene Raymond, etc.
EL ASESINO DIABÓLICO, por Lionel Atwill, C. Ruggles, etc.
EL DIABLO SE DIVIerte, por Loretta Young y Victor Jory, etc.
LA NOCHE DEL PECADO, por E. Viles, Medea de Novara, etc.
PEGGY DE MI CORAZÓN, por Marion Davies, Oslow Stevens, etc.
-

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

YO HE SIDO ESPÍA

por Madelaine Carroll, Herbert Marshall, etc.

NO SEAS CELOSA

por Carmen Boni, André Roanne, etc.

DESFILÉ DE CANDILEJAS

por James Cagney, Joan Blondell, Ruby Keeler, etc.

AVES SIN NOMBRE

por Iruela, Fogaxot y Demare, etc.

SIMONA ES ASÍ

por Meg Lemonnier y Henry Garot, etc.

PESCADA EN LA CALLE

por Sylvia Sidney, George Raft, etc.

UNA NOCHE EN EL CAIRO

por Ramón Navarro, Myrna Loy, etc.

ROSA DE MEDIANOCHE

por Loretta Young, Ricardo Cortez, Franchot Tone, etc.

EL REY DE LA PLATA

por Edward G. Robinson, Bebé Daniels, etc.

SOBRE EL CIENO

por Florencia Belsy, Carlos Llamazares, etc.

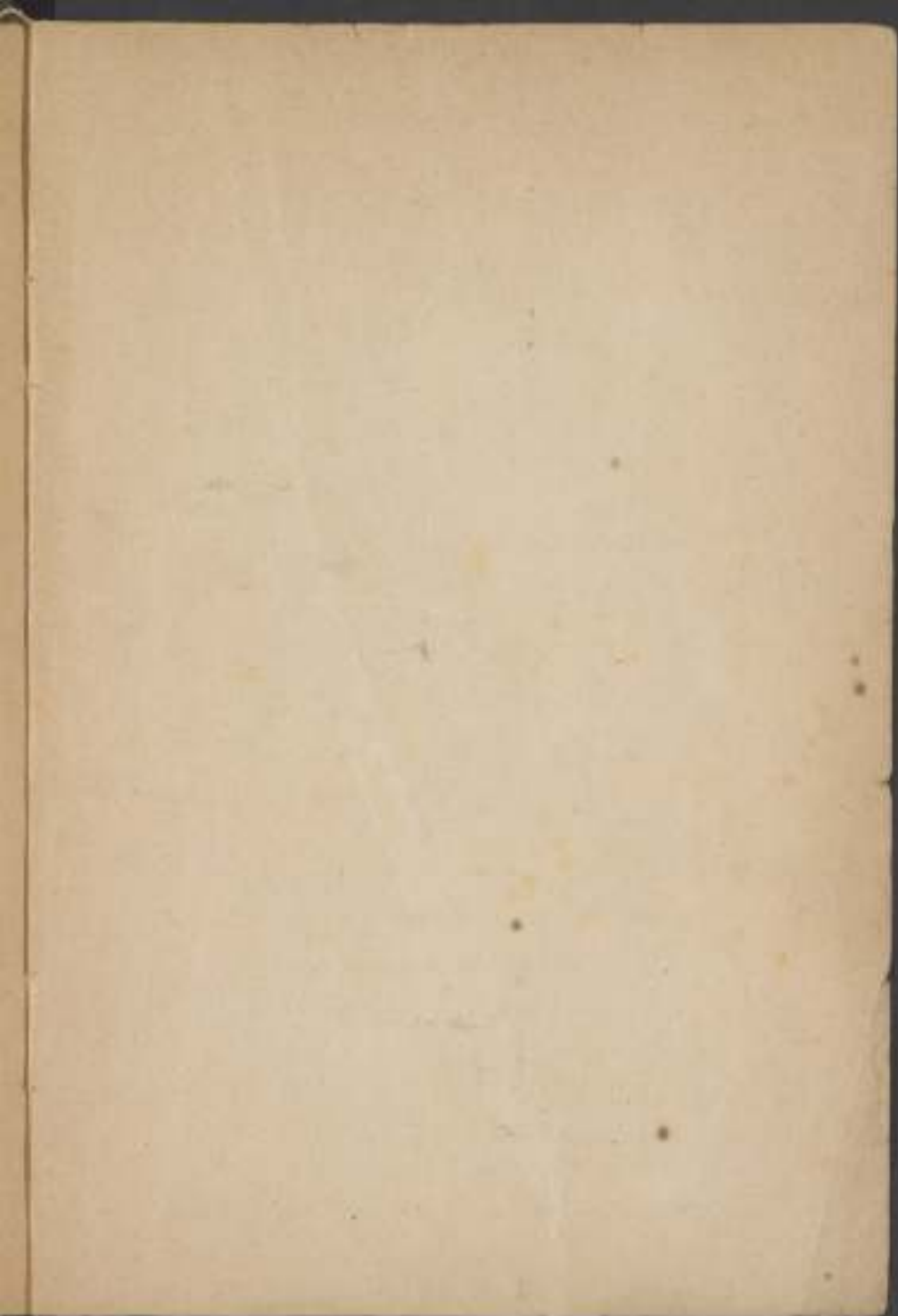
Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Paseo de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.



E. B.



Precio: 50 céntimos